

» mos ejercitado sobre nosotros mismos hasta la muerte. Era  
 » pues lícito reinar despues de semejante aprendizaje de im-  
 » perio. Era permitido pues revestir de púrpura la doctrina,  
 » despues de tanta sangre con que estaba teñida. Este reinado  
 » no fué largo, por otra parte, aun suponiendo que se pueda  
 » llamar así el tiempo que medió entre Constantino y los Bár-  
 » baros, tiempo tan lleno de combates, durante el cual la  
 » doctrina católica no dejó un solo día de la mano la pluma,  
 » de la boca la palabra <sup>(1)</sup>. »

(1) Conferencia de la catedral de París (30 de noviembre de 1845), por el P. La-  
 cordaire.

## CAPITULO XV.

### SUMARIO.

#### RESÚMEN DE LA PRIMERA ÉPOCA DE LA IGLESIA (año 1-312).

1. — Rápida extension del cristianismo en Italia. — 2. En todo el resto del Occidente. — 3. En el Oriente. — 4. Obstáculos al desarrollo del cristianismo. — 5. Causas favorables á su desarrollo. — 6. Escritores y filósofos paganos hostiles al cristianismo. Luciano, Celso, Porfirio, Jámblico, Filostrato. Vida de Apolonio de Thiana. Hierocles. — 7. Primeros apologistas. — 8. Herejías, cismas. — 9. Gobierno, disciplina y culto. — 10. Conclusion (1).

4. Al acabar el relato de sangrientas persecuciones que han durado tres siglos, no puede menos de ser muy interesante hacerse cargo de la maravillosa extension del cristianismo bajo la cuchilla del tirano. Ya al principio del segundo siglo decia san Justino : « No hay pueblo donde no se encuentren creyentes » en Cristo. » Lo mismo leemos en san Ireneo : « La Iglesia » se habia extendido por toda la tierra y hasta las extremidades mas lejanas del mundo. » Aun son mas terminantes las expresiones de Tertuliano : « Somos de ayer, y llenamos ya » todo lo vuestro ; solo os dejamos los templos. Si quisiéramos separarnos de vosotros y retirarnos á algun país lejano, » quedaria desconcertado vuestro poder con la pérdida de » tanto ciudadano. Os espantariais del desierto en que os dejaríamos, y del silencio del mundo en torno vuestro ; tendriais » que ir en busca de hombres á quienes mandar. » Quisiéramos saber cuál era, en la época de la persecucion de Diocleciano, el número de cristianos comparativamente al de los paganos. A falta de noticias positivas, nos dará una idea aproxi-

(1) Véase para el conjunto de las épocas primera y segunda la obra del doctor Doelinger, profesor de historia en la universidad de Munich, intitulada *Orígenes del cristianismo*, 2 vol. en 8º. francés, de cuya obra hemos tomado las ideas principales de este capítulo.

mativa del acrecentamiento de la Iglesia, al fin del siglo tercero, una ojeada sobre el Oriente y Occidente. Roma contaba, en solo su recinto, cuarenta iglesias bajo el pontificado de san Silvestre I (314-335). Tradiciones locales antiguas atribuyen á los discípulos de san Pedro la fundacion de la mayor parte de las iglesias de Italia. Luca mira como su primer apóstol á san Paulino, enviado á Etruria por el príncipe de los Apóstoles; Fiesole, á san Rómulo; Ravena, á san Apolinar; Milan, á san Anathalon; Aquileya, á san Marcos; Bolonia, á san Zamas, enviado por el papa san Dionisio en 259. Zenon, primer obispo de Verona, padeció martirio bajo el emperador Galieno en 255; Puzzoli habia tenido por su primer obispo á san Patrobas, citado por san Pablo en su epístola á los Romanos. Los antiguos martirologios hacen subir á la época apostólica la institucion de Photino en Benevento, de Prisco en Capua, de san Asperio en Nápoles, de Felipe de Argirio en Palermo, y de san Marciano, primer obispo de Siracusa.

2. Los orígenes del cristianismo en el África proconsular, aunque algo oscuros en el primer siglo, se desarrollan brillantemente en el segundo. La silla principal de la Iglesia en este país desde el desierto de Barca hasta el Atlántico, era Cartago, ciudad magnífica y populosa, reedificada desde mucho tiempo hacia sobre sus antiguas ruinas, y en relacion ya por su vasto comercio con el mundo entero. Desde el fin del siglo segundo, Agripino, su obispo, convocaba ya un sínodo de otros setenta obispos. Desde el tiempo de Tertuliano, la religion de Jesucristo habia penetrado ya entre los Africanos primitivos, es decir, entre los Gétulos y los Moros, que moraban en lo mas internado del país, en las gargantas y valles del Atlas, la mayor parte nómadas, y hablando un idioma particular. En los tres primeros siglos el noroeste del África estaba dividido en tres provincias eclesiásticas: el África proconsular, la Numidia y la Mauritania. Se contaban seis en el siglo siguiente; esto es, á mas de las citadas, la Tripolitana, que solo tenia cinco obispados, la Bisacena y la Mauritania Cesárea. — La Iglesia de España en el año 250 aparece por primera vez en la historia

general, cuando dos obispos, Basilides de Astorga y Marcial de Leon, habiendo apostatado en la persecucion de Decio, fueron depuestos en un sínodo. [La época apostólica de los primeros siglos de este país está apoyada en tradiciones y documentos muy respetables. La tradicion de la venida de Santiago el mayor á España y su predicacion está tan arraigada en España desde los primeros siglos del cristianismo, que dudar de ella seria la mayor temeridad. Fundó por sí mismo varias iglesias en la España ó provincia Tarraconense; en su vuelta á Jerusalem se llevó consigo algunos discípulos para instruirlos mas y mas en el gobierno de la Iglesia, y dejando siete de ellos en Roma, san Pedro los volvió á enviar á España. Estos siete discípulos son reputados por los segundos fundadores de la Iglesia española, por obispos apostólicos, segun expresion de san Gregorio VII. San Cecilio fué obispo de Iliberi, hoy Granada, donde se celebró el famoso concilio Eliberitano. San Torcuato fundó la iglesia de Accis (Guadix); san Segundo, la de Ávila; san Indalecio la Úrcitana (Martos), san Hesiquio fundó á Carteya, san Ctesifonte á Vergi (Béjar); san Eufrasio á Ilturgis (Murcia). Tarragona, Tortosa y Leon fueron fundadas tambien en el primer siglo de la Iglesia. Toledo reconoce como su fundador á san Eugenio, discípulo de san Dionisio Areopagita. En una palabra, de los setenta y ocho obispos que asistieron en 589 al tercer concilio de Toledo, mas de las tres cuartas partes lo eran de sillas episcopales fundadas en los dos primeros siglos de la Iglesia. Y esto se confirma con que en el solo concilio Eliberitano, provincial de la provincia Bética, habia diez y nueve obispos, todos pertenecientes á una parte de la que hoy llamamos Andalucía: por otra parte, el contenido de los cánones de este concilio prueba cuán floreciente se hallaba ya en España la religion cristiana.] — Las Galias, evangelizadas desde el fin del primer siglo por los discípulos de los Apóstoles, y que habian visto á san Photino é Ireneo en Leon, á san Tróximo en Arles, á san Benigno en Autun, á san Víctor en Marsella, á los santos Donaciano y Rogaciano en Nantes, contaban, decimos, en el tercer siglo casi tantas

sillas episcopales como habia ciudades importantes. En el concilio celebrado en Arles contra los Donatistas (214) aparecen ya los obispos de Reims, de Ruan, de Vaison, de Burdeos, y los enviados de las iglesias de Mende (Gábales), Orange, Apt y Niza. — En las comarcas situadas en la orilla derecha del Rhin, divididas en *Germania superior* (Germania prima) y *Germania inferior* (Germania segunda), era ya muy influyente la religion cristiana en el siglo segundo. Tréveris, Colonia, Tongres, Espira, Magencia, eran otros tantos centros religiosos desde donde se esparcia la doctrina del Evangelio hasta las comarcas mas internas de la Alemania. Los países del Danubio, de la Nórica, Vindelicia, y Rethia (hoy el Austria, la Baviera, el Tirol y Grisones), cuyas principales ciudades estaban pobladas de colonos romanos, *Laureacum* (Larch) *Augusta Vindelicorum* (Augsburgo), *Tridentum* (Trento), habian recibido muy pronto las semillas de la fe: la persecucion de Diocleciano hizo allí numerosísimos mártires. — La Gran Bretaña, á donde, bajo el nombre de reinado de Claudio, habian llevado consigo las colonias romanas la doctrina del Evangelio, estaba casi toda ella poblada de cristianos. Gildas, el escritor mas antiguo de esta nacion, cuenta que en 303, época de la promulgacion del sangriento edicto de Diocleciano, las iglesias fueron derribadas, los libros sagrados quemados públicamente en las calles, martirizados infinidad de sacerdotes y legos; por manera que los bosques y cavernas que servian de refugio á los cristianos parecian entonces mas poblados que las ciudades mismas. El primer mártir breton (inglés) fué san Alban de Verulamio, convertido al Evangelio por un sacerdote fugitivo á quien habia dado la hospitalidad. Despues de concluida la persecucion, parecieron en el sínodo de Arles tres obispos británicos: Eborio de Yorek, Restituto de Londres, y Adelfio de *Civitate coloniae Londinensium* (tal vez *Lincoln*). La Tracia, el Henimontos, el Rhodope, la Escitia y la Mesia inferior, sobre la orilla del Mediterráneo, tenian cristiandades tan florecientes como las de la Gran Bretaña. En Macedonia, Tesalónica, Filipos, Beroe, iglesias apostólicas, en nada habian

degenerado de su favor primitivo en el tercer siglo. Atenas, aquella capital de la antigua civilizacion griega, y Bizancio, destinada mas tarde á ser reina de un imperio nuevo, estaban ya conquistadas para la fe de Cristo.

3. El Oriente ofrecia igual espectáculo de fe y de cristiana fecundidad. Desde Jerusalem, cuna del cristianismo, se propagaba y difundia la doctrina del Evangelio por todas las poblaciones de la Palestina, Fenicia y Siria. Los nombres de Cesarea de Palestina, Tiro, Sidon, Ptolemáida, Berito, Trípoli, Biblos, Seleucia, Apamea, Hierápolis, Samosata, y sobre todos estos, el de Antioquia, recuerdan otras tantas iglesias grandes é ilustres. En la Arabia romana, Bosra en el Osroene, Edesa, la capital, habian recibido muy pronto la luz del Evangelio. En la Mesopotamia y la Caldea, las cristiandades de Amida, Nisiba, Seleucia y Ctesifon eran célebres. El Asia menor, evangelizada por san Pablo, tenia las ilustres sillas de Éfeso, Laodicea, Pérgamo, Filadelfia, Tiatira, Tarso, Mopsuesta, Esmirna, Iconio, Mira, Mileto, Antioquia de Pisidia, Corinto, Nicea, Calcedonia, etc., etc. Las islas de Creta, Chipre y el Archipiélago estaban llenas de cristianos. La Armenia, y aun hasta la Persia, á pesar de las frecuentes persecuciones contra el cristianismo movidas allí, contaban numerosas y florecientes cristiandades. El Egipto, evangelizado por san Marcos, que fundó allí la silla patriarcal de Alejandría [en representacion de san Pedro, su maestro], enviaba al concilio de Nicea los obispos de Naucratis, Phtinonte, Pelusia, Panefisia, Memfis y Heraclea. La Tebáida, que tan fecunda habia de ser en ejemplos de santidad, contaba en el tercer siglo las iglesias episcopales de Antinoe, Hermópolis y Licópolis. Ptolemáida era la capital ó metrópoli de la provincia de Pentápolis, que comprendia muchos obispados.

4. Como se ve, el cuadro de las conquistas del cristianismo en el tercer siglo abraza todas las comarcas del mundo conocido. Una extension tan rápida ha sorprendido en extremo aun á los historiadores mas hostiles al cristianismo; y han intentado explicar este hecho por causas meramente naturales.

Han querido persuadirse que las persecuciones suscitadas en los tres primeros siglos contra los fieles, estaban muy lejos de tener los caracteres de universalidad, perseverancia y crueldad que les atribuimos nosotros. Esta última objecion, que ha llegado á ser lugar comun de la filosofía del siglo XVIII, no hallaria hoy crédito en ningun espíritu recto é ilustrado, porque los hechos son sobrado ruidosos, patentes, numerosos y averiguados para que se los pueda contradecir de un modo convincente. A los ojos de un observador de buena fe, la propagacion del cristianismo en el seno de una sociedad donde, durante trescientos años, fué crimen capital el nombre solo de cristiano, no se puede explicar sino admitiendo la divinidad de su mision y doctrina. Se ha visto en efecto que todo eran obstáculos á su difusion. El politeismo, arraigado en las costumbres, hábitos, creencias, literatura, legislacion, vida pública y privada, disponia de todas las fuerzas, reunia y fortalecia todas las simpatías, imponia respeto y sumision. A pesar de su impotencia moral, á pesar de la incredulidad de las altas clases, no es menos cierto que en los primeros tiempos de la Iglesia la gran masa del pueblo se encontraba ligada por un antiguo, envejecido y hereditario apego al culto de los ídolos. El Evangelio no solo tenia que combatir las impresiones tan tenaces de la edad tierna, la educacion y preocupaciones politeistas mamadas con la leche, sino que el politeismo era mirado como la religion primitiva, cuyo origen se ocultaba en la noche de los tiempos, y bajo cuya influencia protectora se habian formado las familias y fundado los imperios. En el mundo romano, el culto de los dioses y las instituciones que hacian parte de él estaban enlazados con el Estado estrechísimamente, y presentaban á un grado eminente un sello político. El centro del imperio, la ciudad de las siete colinas, era por sí misma objeto de un culto religioso. La creencia en las divinidades del imperio estaba tan identificada con los sentimientos patrióticos, que parecia no poder abandonarse la una sin violar las otras. Atacar de frente tradiciones fortalecidas por leyes de muchos siglos, confirmadas por la majestad victoriosa y por la uni-

versal dominacion de Roma, era hacerse reo de alta traicion, conmover el Estado hasta sus cimientos y declararse enemigo de la patria, de la cosa pública. Tal era el modo de pensar profundamente arraigado y difundido generalmente, contra el cual, como contra un muro de bronce, parecia deber irse á estrellar todos los esfuerzos de los mensajeros del Evangelio. A estos obstáculos, extrínsecos á la religion cristiana, se venian á juntar los que nacia intrínsecamente de la severidad de su moral, de la austeridad de sus dogmas y del misterio con que se cubria su culto. El que en esta época abrazaba sinceramente la religion y la fe de Jesucristo, se desterraba en cierta manera de la sociedad civil, del mundo entero, tal como lo habia formado el paganismo. No podia tomar ya parte en las ceremonias públicas, puestas todas bajo la invocacion de los dioses, ni en los espectáculos, ni en los juegos favoritos de la muchedumbre, ni en los combates diestros y atrevidos de los gladiadores. Se hallaba excluido de las fiestas y regocijos solemnes, donde los emperadores hacian distribuir la carne de las víctimas: se hallaba excluido de los convites de familia ó de corporacion, todos precedidos de libaciones á los ídolos. La vida cristiana se presentaba pues á los paganos como un genio ó carácter montaraz, huraño, indómito, que hacia aborrecer la sociedad. Con solo ver la especie de frenesí con que la masa del pueblo corria á las representaciones del circo ó á las luchas de la arena, no costará mucho comprender la expresion de Tertuliano: « La idea de estar obligado á renunciar á los » placeres, á las sensualidades, á las pasiones del siglo, aleja » mas del cristianismo que el temor de verse condenado á » muerte por haberlo abrazado. » — El dogma de la unidad de Dios, profesado abiertamente por los fieles y fatalmente interpretado por los paganos, hacia juzgar á los cristianos como enemigos y menospreciadores de toda religion y aun como ateos. Los paganos adoptaron tanto mas crédula y gustosamente esta acusacion, cuanto que los cristianos no disimulaban de modo alguno su desprecio á todo lo que, segun las ideas idolátricas, era una expresion del culto, y porque no